Mi historia y un país

(Memorias de un Gen X)

Prólogo:

Venezuela es un país que se hace todos los días

Amigos, vamos a hablar claro.

A veces, cuando miramos hacia atrás, cometemos el error de pensar que el pasado es un lugar donde las cosas simplemente sucedieron. Pero no es así. El pasado es un cimiento, y el cimiento de nuestra Venezuela —la de finales de los años sesenta y principios de los setenta— fue una mezcla fascinante de promesas, de petróleo, de asfalto fresco y, sobre todo, de gente que quería construir un país a la altura de sus sueños.

Usted, que hoy toma estas páginas entre sus manos, no se dispone a leer la historia de un hombre cualquiera. Se dispone a asomarse por una ventana. Una ventana que mira hacia el oeste, hacia un Barquisimeto que latía al ritmo de un tres cubano y al compás de una modernidad que apenas nos abrazaba.

En 1969, Venezuela estaba en transición. Cambiábamos de mando, sí, pero también cambiábamos de piel. Éramos una nación que intentaba sintonizarse con el mundo: llegábamos a la Luna por televisión mientras, aquí abajo, intentábamos entender quiénes éramos realmente. Es una época maravillosa para recordar, porque es la época en la que aprendimos a nombrar las cosas, a veces con errores, a veces con aciertos, pero siempre con la curiosidad de quien sabe que el futuro es un terreno que hay que cultivar.

Este relato es el espejo de una generación. La historia de Carlos Miguel es, en el fondo, la historia de un país que, como un niño frente a un arbolito de Navidad hecho con sillas y escobas, intentó construir la belleza con lo que tenía a mano. Y es que de eso se trata Venezuela: de ese ingenio, de esa terquedad —esa maravillosa terquedad tauro— de querer hacer que las cosas funcionen, aunque a veces no lleguemos a los pedales del carrito.

Así que, amigo lector, le invito a que pase la página. Pero hágalo con calma. Porque estas no son solo memorias; es el testimonio de un venezolano que, al igual que todos nosotros, ha buscado siempre la verdad en los detalles, el orden en el caos y, sobre todo, la música en medio de la tormenta.

Porque, al final del día, recordar es un acto de soberanía. Y la soberanía empieza por saber quiénes fuimos, para decidir, con toda la fuerza del mundo, quiénes vamos a ser.

*— Renny Ottolina. (según la IA)

Capítulo 1: El despertar en Barquisimeto

Todo empezó en 1969. Mientras yo llegaba al mundo en Barquisimeto, el planeta entero parecía estar

cambiando de piel: en el ámbito musical, el año estuvo marcado por la histórica separación de The Beatles y la grabación de su último álbum, un fin de era que resonaba globalmente. En Venezuela, la política vivía su propia transición: Rafael Caldera asumía la presidencia, tomando el testigo de manos de Raúl Leoni. Mientras tanto, la humanidad tocaba la Luna con la misión Apolo 11, Woodstock intentaba transformar el mundo a través de la música y, casi sin saberlo, nacía ARPANET, la semilla de la red que hoy me permite escribir estas líneas. Comparto año de nacimiento con figuras como el legendario piloto Michael Schumacher y Linus Torvalds, el creador de Linux, pero mi identidad está marcada por algo más antiguo: soy Tauro. Dicen que los Tauro somos gente de tierra, tenaces y pacientes, como Shakespeare, Dalí, la Reina Isabel II, Sigmund Freud y el visionario Orson Welles. Quizás esa mezcla entre la búsqueda de estabilidad y la pasión por el detalle ha sido mi brújula desde siempre.

###

Desde la calle de nuestra casa en Santa Eduvigis, si levantaba la vista hacia el horizonte, siempre me encontraba con un guardián imponente: el Obelisco de Barquisimeto. Para un niño, aquella estructura que perforaba el cielo del oeste no era solo un montón de cemento y altura; era el punto de referencia que definía mi mundo. Ese monumento, construido originalmente en 1952 para conmemorar el cuatricentenario de la fundación de la ciudad, se alza allí como un testimonio del progreso de nuestra tierra. Con sus 75 metros de altura y su diseño estilizado, el Obelisco no solo marca la entrada a la zona oeste, sino que ha sido, desde antes de que yo naciera, el centinela silencioso de nuestra identidad larense. Cada vez que lo veía recortado contra el cielo barquisimetano, sabía exactamente dónde estaba: en casa.

###

Mis primeros recuerdos, sin embargo, no tienen nada de astros ni de política. Mis recuerdos amanecen en una casa enorme en la urbanización Santa Eduvigis, al oeste de la ciudad. A esa edad, el lenguaje era un juego donde yo inventaba las reglas: para mí, los plátanos eran 'pántanos'. Recuerdo una tarde, viajando en la parte de atrás del carro que manejaba mi papá, con mi mamá de copiloto; me sentía impotente por no poder articularlo correctamente. Frustrado, cerré los ojos y empecé a repetir insistentemente: *pántano, pántano, pántano*, tratando de corregirme. De repente, la palabra salió limpia: *¡Plátano!* Salté de prisa, gritando emocionado: "¡Lo dije bien, lo dije bien!". Pero cuando intenté repetir mi hazaña, el sonido se me volvió a escapar y salió de nuevo *pántano*. Me frustré aún más, sin saber que aquel pequeño conflicto era mi primer gran desafío contra la realidad.

Además de eso, las máquinas, con su ritmo y movimiento, eran para mí 'cáncaras'. Cuando alguien me preguntaba cómo me llamaba, yo respondía con absoluta convicción: 'Carlos Villé', en lugar de Carlos Miguel. Incluso el clima era un misterio, pues invertía el sentido del frío y el caliente, como si estuviera creando mi propio código para entender el mundo.

###

En casa éramos un hervidero de vida: mis padres, mi abuela y mis ocho hermanos. A pesar de la cantidad de gente, se respiraba una paz profunda. Mi papá, además de trabajar como técnico en

telecomunicaciones en RCTV, tenía un santuario en un cuarto que modificó como oficina-taller. Pero la verdadera magia ocurría cuando él dejaba las herramientas y tomaba su instrumento: el tres cubano.

Tengo un recuerdo muy vivo de esos años. Mientras mi mamá regaba la grama en el patio, descubrí la tierra húmeda, con esos grumos que dejan las lombrices. Me pareció fascinante, casi un manjar. Me la llevé a la boca con la curiosidad pura de un niño explorando su territorio. Mi mamá, al ver aquello, me movía de sitio, pero yo encontraba la forma de regresar, desafiando el orden establecido solo por el placer de sentir la tierra. Terminé en el corral, protestando, encerrado, pero con la satisfacción de haber probado el mundo.

###

De fondo, siempre sonaba la Sonora Matancera o la voz de Panchito Riset. Ese sonido de los años 50 era la banda sonora de nuestra estabilidad. Aquel hombre que tocaba el tres cubano con una destreza que lo convertiría en una leyenda del instrumento en Venezuela, era mi padre. Y ese es, precisamente, el principio de otra historia, una que merece ser contada con el respeto que solo su vida dedicada puede exigir.

###

Mis recuerdos de aquella incipiente década también guardan el eco de una fiesta que se vio interrumpida por un torrencial aguacero. Recuerdo el sonido del agua golpeando con fuerza el techo y el ambiente de incertidumbre de los adultos, que entre bromas y nervios comentaban que la casa podría inundarse. Alguien lanzó la idea, quizá para calmar los ánimos con un toque de humor, de que, si el agua subía, todos tendríamos que subirnos al piano de la sala, porque "seguro flotaría". Yo, con mi corta edad y mi mente llena de lógica infantil, me quedaba mirando el piano con terror puro. Me preguntaba, angustiado, cómo demonios íbamos a caber todos sobre aquel mueble de madera. La imagen de nosotros intentando mantener el equilibrio sobre las teclas, mientras el agua reclamaba la sala, se convirtió en una de mis angustias más vívidas.

Afortunadamente, para compensar esos temores, estaban los momentos de calma en la cocina, donde mi abuela Julia reinaba con sencillez y cariño. Ella tenía el don de transformar los ingredientes más humildes en pequeños tesoros. Recuerdo con absoluta claridad el sabor de su guarapo de avena; era reconfortante, denso, un abrazo líquido en un vaso. Y luego estaban sus helados: leche y limón, preparados pacientemente en las gaveras de hielo de aquel refrigerador. Esperar a que se congelaran era mi ritual favorito. Aquellos cubitos de hielo saborizados, hechos en casa, eran la recompensa perfecta a cualquier susto que el mundo exterior —o mi propia imaginación— pudiera provocarme.

###

Conforme se acercaba la Navidad, el aire en casa cambiaba. Recuerdo la emoción de ver a mis padres llegar con un pino natural; aquel aroma a bosque, a pino fresco que se filtraba por cada rincón de la casa, era un ritual que, por aquellos años, definía la época. Yo observaba todo con fascinación y sentía una necesidad irrefrenable de participar, de crear mi propia versión de aquel milagro verde.

Decidí que yo también haría un arbolito. Busqué a mis hermanas Cristina y Rocío, las más cercanas a mi edad, para que fueran mis cómplices. Bajamos al patio, pero ahí me enfrenté a mi primer gran desafío de ingeniería: no tenía ni la más remota idea de cuál era la materia prima para construir un árbol de Navidad. Sin embargo, mi determinación era absoluta. Regresé al porche cargando una silla de hierro y una escoba vieja. Para mí, aquello era el esqueleto perfecto de un pino. Rocío, que era poco más que una bebé, me seguía con una fe ciega y absoluta, creyendo en cada paso de mi plan. Cristina, en cambio, pronto me abandonó; creo que ella, con más sentido común, se dio cuenta mucho antes que yo de que mi "obra de arte" no tenía futuro. Allí me quedé, con mi silla y mi escoba, convencido de que estaba a punto de transformar el porche en un bosque, viviendo esa magia que solo la infancia permite cuando uno confunde un objeto cotidiano con la realización de un sueño.

###

Llegó el día del Niño Jesús y la ilusión se desbordó. A mí me trajo un hermoso carrito a pedales, una joya mecánica que brillaba bajo el sol de Barquisimeto, y a Cristina un velocípedo. Pero apenas intenté estrenar mi regalo, la realidad me dio un golpe de humildad: no llegaba a los pedales. Allí estaba yo, sobre una máquina perfecta que no podía mover ni un centímetro. Mientras tanto, Cristina pasaba a mi lado una y otra vez en su velocípedo, zumbando con su voz y fingiendo que su juguete era una moto de verdad. La veía alejarse y volver mientras yo permanecía estancado, frustrado, varado en el mismo sitio. Aquella escena, entre el asombro por mi regalo y la impotencia de la inmovilidad, fue otra de mis primeras lecciones: a veces, tener el mejor juguete del mundo no sirve de nada si tus piernas aún no han crecido lo suficiente para hacerlo andar.

###

Había una complicidad silenciosa entre mi padre y yo. Me sentía el consentido, y supongo que las razones estaban trazadas en nuestro propio mapa familiar: era el menor de los varones y, sobre todo, el primero en haber nacido en tierras larenses. La geografía de nuestra historia era clara: mis padres eran oriundos de Caracas; allí nació Rosaura, mi hermana mayor. Luego, cinco de mis hermanos vieron la luz en La Guaira, pero mi llegada a Barquisimeto rompió aquella tradición de puerto y montaña. Años más tarde, él me confirmaría con palabras lo que yo intuía en el alma, pero a esa edad, no necesitaba explicaciones. Para mí, él no era solo una figura de autoridad; era mi mejor amigo, un compañero que garantizaba mi seguridad y mi dicha.

El ritual de su llegada era sagrado. Podía distinguir el motor de aquel Plymouth de los años 50 acercándose, con su calcomanía de una extraña figura ovalada en blanco y negro —un sello que quedaría grabado en mi memoria para siempre— y, de inmediato, el mundo se volvía un lugar más brillante. *«Llegó papá»*, escuchaba a mi alrededor, y en ese instante, las preocupaciones se disipaban. Él, por su parte, se alegraba de verme y me observaba con atención, casi como si midiera el grado de felicidad que su presencia provocaba en mí, encontrando en mi sonrisa la mejor recompensa a su jornada

###

No todo en mi infancia era la seguridad del Plymouth de mi papá. A veces, la realidad asomaba sus

dientes. Recuerdo las visitas a los vecinos de enfrente; tenían una casa enorme, bella, con un mueble mecedor de mimbre que, para la época, denotaba una posición económica acomodada. Sin embargo, aquel jardín me parecía una jaula. Lo que realmente me marcó fue ver, en una ocasión, al padre de esa familia persiguiendo a su hijo adolescente con una correa en la mano para darle una paliza. Los veía pasar dando vueltas a la manzana, una escena repetida que se grabó a fuego en mi mente. Aquel espectáculo no era considerado una anomalía; parecía, en cambio, que los padres competían socialmente por demostrar quién era el más primitivo. Es un alivio reconocer que los tiempos han cambiado; hay cosas del pasado que merecen ser recordadas solo para asegurar que nunca, bajo ninguna circunstancia, vuelvan a repetirse.

###

Esa inseguridad se filtraba también en mi imaginación. Estaba el mito de "La Loca María". No recuerdo quién fue el primero en hablarme de ella, pero una tarde, estando en casa de aquellos vecinos con mis hermanos, nos llamaron para que volviéramos. Me quedé de último y tuve que cruzar la calle solo. Alguna de mis hermanas, para apurarme, me lanzó la advertencia: *«¡Apúrate, que ahí viene la loca María y te va a llevar!»*. Miré a ambos lados, aterrorizado, imaginando una figura tenebrosa que venía por mí. Corrí despavorido hasta llegar a la seguridad de mi casa. La loca María me acompañó en pesadillas durante años, hasta que, al entrar en la adolescencia, mi mente sustituyó aquel miedo infantil por la imagen de un cadáver que vi ahogado en una de nuestras vacaciones anuales en las playas del litoral central.

Pero si de lecciones duras se trata, la historia de nuestro perro, Boby, es un recuerdo que aún me estremece. Una vez regresamos de dos semanas de vacaciones en La Guaira y Boby nos recibió loco de felicidad; se había quedado solo, con la comida y bebida racionada para quince días. A la mañana siguiente, mi abuela me pidió que le llevara un plato de comida al patio. Lo llamé, pero no se movió. Lo toqué con el pie y estaba tieso. No comprendía el concepto de la muerte, pero el terror me invadió al intuir la gravedad de aquello. Corrí hacia mi abuela con la noticia. La conclusión familiar fue simple y devastadora: se había muerto de sed. Había acabado con el agua mucho antes y, al beberla desesperado el día anterior a nuestra llegada, su cuerpo debió colapsar. Hoy, un hecho así habría traído consecuencias penales, pero en aquel entonces, fue solo una tragedia silenciosa, un golpe seco de realidad que me enseñó, sin filtros, que la vida es frágil y que a veces los errores de los adultos tienen consecuencias que los niños teníamos que cargar.

###

Para marzo de 1973, la casa vivió una transformación que aún conservo en la memoria como un destello de color. Eran los quince años de mi hermana mayor, Rosaura, y el patio, aquel mismo donde mi padre cultivaba su arte y yo mi curiosidad por la tierra, se vistió de gala. Fue revestido con globos, cintas y colores que para mis ojos, acostumbrados a la rutina doméstica, eran algo totalmente nuevo y maravilloso.

Cuando cayó la noche, el ambiente cambió por completo. Ya no era la paz del tres cubano de mi papá ni la cadencia de la Sonora Matancera; aquella era una celebración vibrante, llena de visitas, gente bailando

y una energía que se sentía distinta, más eléctrica. Lo que sonaba era moderno, un idioma musical que yo, con mis casi cuatro años, aún no lograba comprender, pero que me resultaba fascinante. De seguro, los "pavos" de aquel entonces —mi hermana y sus amistades— estaban inmersos en los éxitos de Simon & Garfunkel, The Carpenters, B.J. Thomas, Carole King, Roberta Flack o Gilbert O'Sullivan. Aunque yo era demasiado pequeño para entender el alcance de aquel momento, la intensidad del festejo se quedó grabada en mí. Estoy seguro de que los que estuvieron allí lo vivieron con la plenitud de la juventud, y especialmente Rosaura, la quinceañera, que aquel marzo vio cómo el mundo, al menos el de nuestra casa, se abría a una nueva era.

###

En aquel 1973, el aire de Barquisimeto no solo traía calor, sino una electricidad distinta. Había un ajetreo general en las calles, una fiebre de pancartas blancas que invadían cada esquina, marcando el terreno de una contienda que los adultos vivían con una intensidad casi religiosa. Era la campaña electoral de 1974-1979. Toda mi familia, sin excepción, estaba alineada con el carismático Carlos Andrés Pérez. En la sala de nuestra casa, el disco de Acción Democrática se escuchaba una y otra vez; las canciones «Gracias a ti» y «Ese hombre sí camina» se convirtieron en la banda sonora de aquel tiempo.

Aunque a mí las canciones me resultaban pegajosas y hasta me gustaban, la figura del candidato no me convencía en absoluto. No sé qué instinto profundo me movía, pero despreciaba su imagen; sentía una desconfianza inexplicable. Por el contrario, la cara de "bonachón" de Lorenzo Fernández me inspiraba una seguridad que no encontraba en los mítines de AD. Era increíble: a pesar de que mi papá, mi guía y mi mejor amigo, estaba montado en la ola de Carlos Andrés, yo me mantenía firme en mi convicción.

Mi preferencia no pasaba desapercibida. Mis hermanos y mis padres, al notar mi resistencia, me tomaban el pelo constantemente. Me preguntaban con tono burlón: «¿Y tú, con quién estás? ¿Verdad que con Carlos Andrés?». Yo, haciendo alarde de una terquedad que aún conservo, respondía siempre con un rotundo: «¡No! ¡Lorenzo!». Aquello desataba las risas y la broma recurrente: «¡Agárrenlo para quitarle las bolas para jugar metras!», decían entre carcajadas, mientras yo me defendía, pequeño pero inamovible, en mi trinchera de cuatro años, sin entender que estaba protagonizando mi primer acto de disidencia política, defendiendo un criterio propio en medio de un torrente colectivo.

Aquella amenaza de broma se convirtió en un ritual durante todo el año 1973. Mis hermanos, riendo, me acorralaban para ver si cedía, y yo, en interiores, cuidaba celoso mi postura, defendiendo mi lealtad a Lorenzo Fernández frente a la marea blanca de Acción Democrática. Mi desdén por la figura de aquel hombre no era un capricho pasajero; era una intuición que se volvió una constante en mi vida.

El tiempo, ese juez implacable, le dio a aquel conflicto una dimensión que yo no podía imaginar a mis cuatro años. Veinticinco años más tarde, la vida me puso frente a la televisión para ver una entrevista histórica. Aquel ser que me producía tanto rechazo estaba frente al presidente de RCTV —el mismo canal donde mi padre dejó su vida, sus horas y su esfuerzo profesional—, soltando al país una advertencia que sonaba a profecía apocalíptica. Con una frialdad que helaba la sangre, espetó aquello de: «Si piensan que yo era malo, ya verán lo que les viene».

Fue una ironía mordaz, un cierre de ciclo que me dejó sin aliento. Aquel hombre, que había sido el arquitecto de una época que mi familia celebraba con tanto entusiasmo, terminaba su ciclo lanzando una sentencia contra la inconsciencia de un pueblo que, según él, buscaba vengarse de años de engaños. Mientras el país se tambaleaba hacia una incertidumbre que cambiaría nuestra historia para siempre, yo solo pude pensar en aquel niño frente al espejo de la sala, aferrado a su Lorenzo Fernández, deseando con toda el alma que la historia hubiese tomado otro camino. Pero esa es una reflexión que el tiempo se ha encargado de profundizar; por ahora, sigo sosteniendo lo mismo: ojalá hubiera sido Lorenzo.

###

El 12 de marzo de 1974, la promesa de campaña se hizo realidad. Carlos Andrés Pérez asumió la presidencia y el ambiente en nuestra casa, y en el resto del país, se transformó de una fiebre electoral a una euforia de bonanza. Recuerdo que, de repente, todo se sentía más grande, más rápido, más ruidoso. En los noticieros de RCTV, donde mi padre pasaba sus días ajustando cables y señales, la voz de la nación comenzó a hablar de un futuro donde "Venezuela sería un país rico".

Para un niño de cinco años, la política se manifestaba en cosas tangibles: los adultos hablaban de proyectos, de sueldos que rendían más y de una modernidad que parecía estar a la vuelta de la esquina. Era la era de la "Gran Venezuela". Mi familia, que había celebrado con fervor el triunfo, vivía con una renovada esperanza. Había una sensación colectiva de que el dinero, ese recurso que antes se veía con cuidado, ahora fluía con la generosidad de un grifo abierto.

Sin embargo, detrás de esa cortina de optimismo desbordado, empezaba a asomar un fenómeno que los niños no comprendíamos, pero sí sentíamos en el aire: la ostentación. En la urbanización, los carros cambiaban, las casas se remodelaban y el consumo se convirtió en una especie de religión cívica. Yo, ajeno a la economía pero atento a los cambios de humor de mi entorno, veía cómo los rostros de mis padres se relajaban bajo la sombra de aquel espejismo. Nadie parecía notar que la fiesta que comenzaba aquel año iba a tener un precio que tardaríamos décadas en terminar de pagar. Fue mi primer contacto con esa extraña forma de felicidad nacional que se construye sobre la abundancia prometida, un sentimiento que, años después, entendería como el preludio de nuestras mayores desilusiones.

No solo fue un año de bonanza política; 1974 también me dejó una marca, literal y figurada, que me acompañaría el resto de mi vida. Todo ocurrió en una noche joven. Fui con mis hermanas mayores a una bodega, apenas a una cuadra de casa, para comprar chupetas. Recuerdo la elección precisa: no quise las de fresa con chicle, elegí una chupeta de leche. Íbamos de regreso, yo feliz con mi tesoro, cargado en brazos por Rosaura —que ya tenía 16 años—, cuando el mundo se rompió.

De pronto, gritos. Me dejaron en el suelo, y en un instante, sentí un golpe rotundo. Un joven en una bicicleta, seguramente luciéndose ante las muchachas, intentando llamar la atención con esa irresponsabilidad típica de la adolescencia, se abalanzó sobre nosotros y me atropelló de frente. Recuerdo el caos, el dolor agudo y, sobre todo, la sangre que brotaba de mi frente, entre los dos ojos, bloqueando mi visión. Con la rabia propia de quien pierde algo sagrado, lancé la chupeta al vacío.

Terminé en una clínica privada, llorando mientras el médico saturaba la herida con 12 puntos de sutura.

Regresé a casa con la cabeza vendada y el dolor a cuestas. Pasaron los días, y llegó el momento de retirar los puntos. Mis familiares, tratando de suavizar el trance, me dijeron que me llevarían al circo. Pero mientras avanzábamos en el carro, mi memoria visual no me engañó: reconocí la trayectoria, supe exactamente hacia dónde íbamos. «No vamos a ningún circo», les dije, con la amargura de quien descubre una mentira en un momento de vulnerabilidad. «Vamos a la clínica».

Finalmente me quitaron los puntos, pero allí se quedaron conmigo dos cicatrices: la física, en el centro de mi frente, y la otra, la de la desilusión, por descubrir que eran capaces de mentirme para manipular mi realidad. Fue mi primera gran lección sobre la fragilidad del mundo y, también, sobre el costo de la confianza.

###

Al mirar en retrospectiva aquellos años, desde 1969 hasta la mitad de la década de los 70, me doy cuenta de que mi infancia no ocurrió en un vacío, sino en el centro de una metamorfosis. Mientras yo aprendía a nombrar el mundo —entre "pántanos" y realidades que no siempre coincidían con mis deseos—, Venezuela vivía su propia transformación. Éramos un país que, con la llegada del "boom" petrolero y la "Gran Venezuela" de Carlos Andrés Pérez, se sentía de pronto vestido de gala, cambiando el algodón por el poliéster, adoptando esos pantalones acampanados y camisas de cuellos interminables que definían la moda del momento.

El mundo, por su parte, aceleraba su ritmo. En la radio de mis hermanos ya no solo sonaba la Sonora Matancera; ahora se filtraba el pop anglosajón, ese sonido más limpio y comercial que empezaba a homogeneizar el gusto de nuestra generación. Globalmente, vivíamos la resaca de los cambios de finales de los 60: la desilusión de la Guerra Fría se maquillaba aquí con petrodólares, mientras las superpotencias jugaban su ajedrez de tensiones, y nosotros, en nuestro rincón de Sudamérica, creíamos ingenuamente que la fiesta sería eterna. Éramos parte de un concierto mundial de consumo y modernidad, pero sin notar que estábamos construyendo nuestros castillos sobre la arena de un mercado que no dependía de nosotros.

Mi propia historia es, en esencia, un microcosmos de esa época. La herida en mi frente, provocada por la irresponsabilidad de un joven en bicicleta, terminó siendo una metáfora de mi despertar: una marca que me recordaba que el peligro podía venir de cualquier lado, incluso de la búsqueda de lucimiento ajeno. Aprendí, a punta de dolor y desilusiones —como la del circo que nunca existió—, que el optimismo de los adultos a menudo ocultaba verdades incómodas.

Cierro esta primera etapa de mi vida con esa cicatriz en la frente y con la firme convicción de que, desde mis cuatro años, mi brújula interna ya me advertía que no todo lo que brillaba era oro. Venezuela, al igual que yo, empezaba a crecer; perdíamos la inocencia a la misma velocidad que el país perdía su sencillez. Aquel niño rebelde, que prefería a Lorenzo Fernández mientras el resto del mundo se dejaba seducir por la promesa de "ese hombre que camina", ya estaba, sin saberlo, preparando su espíritu para lo que vendría después.

Capítulo 2: Bararida